

Horas de oficina:

DE ONCE A CUATRO

LOS DÍAS NO FERIADOS

Demi-Monde

Administradores:

F. BUENO Y COMPAÑÍA

POSTAS, 48

Precio de suscripción: una peseta al mes, con derecho á un tomo de la BIBLIOTECA DEMI-MONDE

TREN DE BAILE



Catorce atmósferas en el kilómetro VII; sin freno en el VIII, y descarrilamiento en el IX.

CRÓNICA



En los círculos galantes no se habla estos días más que del lance que hay pendiente entre un conocido bolsista y un *gomoso* de botines permanentes.

Lo sucedido, según hemos oído referir, es lo siguiente:

Amparo, una de nuestras más hermosas *momentáneas*, alegre como unas pascuas, é incitante como el deseo mismo, estaba sola y se aburría en un pueblo cerca de Madrid, donde mucha gente acomodada pasa los rigores del verano.

Tiene protector oficial, un bolsista que no puede abandonar los negocios, y además un *gomoso* á quien retiene también su familia en Madrid.

A este último es el que ella cree amar; y queriendo pasar unos días á su lado, le escribe una carta diciéndole:

«Vida mía, no puedo vivir más tiempo sin verte. Te espero el lunes. Tráeme pastillas y bombones de Venancio Vázquez. Saldrá á esperarte á la estación tu—Amparo.»

Temiendo un encuentro desagradable, le escribe otra al bolsista diciéndole que desistiera, si tenía el proyecto de ir á verla, porque piensa regresar á Madrid dos días después.

Y ya que tiene la pluma en la mano, escribe también á la que cuida de su cuarto, haciéndole algunos encargos.

Y aquí entra lo grave. Al poner los sobres á las cartas, Amparo comete terribles equivocaciones. Dirige al bolsista la del *gomoso*, recibiendo éste la de la criada, y la doméstica la del hombre de negocios.

—¡Bueno! dice el *gomoso* al recibir la carta de los encargos; ya sé lo que ha pasado; esta Amparo, que es lo más distraída del mundo, ha equivocado la carta mía con la de la criada; pero como sé lo que me habrá escrito, voy á pasar unos días con ella.

—¡Vayan al diablo los negocios! exclama el bolsista al leer la carta que debía recibir el *gomoso*. Voy á comprar un regalo, y me marcho unos días con mi bella Amparo.

Al día siguiente, á la hora que sale el expreso del Norte, toman á la vez billete el *gomoso* y el bolsista, y se acomodan en el mismo departamento.

Al llegar á la primera estación los dos viajeros charlan como dos antiguos camaradas.

—¿De modo que va usted á ver á una mujer?

—A la más hermosa de España.

—A mí también me espera otra deliciosa.

—La mía reúne condiciones excepcionales.

—La mía es tal, que hace un mes la pretendió un príncipe ruso, y lo despreció.

—Si se les dejara á los tales príncipes, nos tomarían todas las mujeres.

—¡Ya lo creo!

—También á la mía la pretendió un senador, y... ¡qué si quieres!

—¡Hombre! como á la mía.

—Es casualidad.

—Me parece que estamos para llegar, y, la verdad, se me ha hecho corto el viaje.

—A mí lo mismo, gracias á vuestra compañía.

—Si por casualidad nos encontramos, tendré una satisfacción en presentarle á mi amada.

—Y yo á la mía.

—Y si simpatizan, haremos una sociedad muy agradable.

—Tendré mucho gusto.

—Hasta que tengamos el placer de vernos.

Llega el tren. Amparo espera en la estación. Los dos viajeros se dirigen precipitadamente á ella, que no sabe qué hacer en el primer momento, decidiéndose por fin á volver la espalda al bolsista.

Al verse el hombre de negocios postergado, monta en cólera y propina una bofetada al *gomoso*, que se contenta con *devolverla* por medio de una tarjeta desafiándolo.

El asunto está en manos de cuatro caballeros, que sin duda dejarán en buen lugar el honor de sus apadrinados, y en el número próximo daremos cuenta de sus resultados á nuestros lectores.



Juan y su mujer Ramona, ansiosos de veraneo, fueron en tren de recreo á la francesa Bayona.

¡Pagaron bien sus caprichos! ¡Válgame Dios qué berrinches

les dieron pulgas y chinches, y toda clase de bichos!

Por eso, Juan, con razón, dudaba el pobre alarmado:

—¿Si me habré yo equivocado y estaremos en Chinchón?

PERICO Y JUANA ⁽¹⁾

As de las doce de la noche sería cuando en el piso alto se desarrollaba un sainete, en el que los actores estaban representados por Juana y el soldado andaluz.

—¡Juana! ¡Juaniya! gritaba Perico, adhiriendo sus labios á la cerradura de la puerta. ¡Abre, zol mío! Zoy yo... tu Perico.

La puerta se abrió, y el soldado se lanzó al interior del aposento, mientras la pobre niña, temblando de emoción, cerraba de nuevo, para evitar, sin duda, que el ruido de sus voces despertara á su señora.

Confiado en la bondad de su antigua novia, ó desconociendo quizás los deberes de la etiqueta, Perico se presentó en traje un tanto ligero, disculpando esta falta con el pretexto de que, en caso de una sorpresa, aquello le favorecía para huir á su cuarto y zabullirse más pronto en la cama.

Juana, que coqueta como todas le había esperado ataviada con sus mejores galas, tuvo que resignarse con aquella explicación, y tomó asiento con su novio sobre un baúl mundo que había junto al lecho.

—Conque ya me tenez á tu vera, cachito é merengue, dispuerto á probarte que tú zola erez entre toas las mujere la reina dizoluta de mi garlochí, dijo el soldado, tratando, por vía de ensayo, de estrechar á la niña entre sus brazos.

Pero ésta, esquivando con habilidad el golpe, exclamó:

—Perico, si empezamos así, te advierto que acabaremos mal. Ante todo debes comprender que si me he decidido á permitirte la entrada en este cuarto, ha sido tan sólo para hablar formalmente.

—¿De veraz, muchacha? ¿Y yo que creía que...? pero, en fin, ¿qué le vamos á jase? Los corasone no son iguale y en taintico que er mío te ha zeguio queriendo, er tuyo, á lo que veo, ha pensao de otro moo.

—¿Qué quieres decir? preguntó Juana que, á pesar de la seriedad que afectaba, no podía ocultar el amor que profesaba á su Perico y la satisfacción con que le veía á su lado.

—¡Puez... náal respondió el bribón, lanzando un fuerte suspiro. Que los tiempos cambian, y tú...

—Yo no he cambiado para ti, se apresuró á decir la pobre niña. Al contrario, Perico, hoy creo que te quiero más que antes.

—¿De veraz, pichona? ¿Zerá ezo pozible?... ¡Ezo lo dise tú para contentarmel!

—No lo creas. A pesar de tu mal porte conmigo, te confesaré que tu recuerdo me ha proporcionado muy malos ratos y me ha costado muchas lágrimas.

—¿Conque llorabaz por mí, cordera? preguntó Perico, estrechando dulcemente entre sus manos una de Juanita, que la pobre niña no pensó en retirar. ¿Conque te acordabaz de tu Perico?

—Y mucho, murmuró Juana, bajando los ojos y poniéndose colorada como la grana.

—La Vinge de la Zoleá bendiga tu boca... ¿Qué digo tu boca? Y ezo z labioz de carmin y eza cara tan rebonita que Dioz te ha dao y ezo z ojoj que paesen dos luseros y eze talle de mimbrey ezte... Y el cazador intentó de nuevo abrazar á Juana, la cual logró evitarlo deslizándose del baúl.

Comprendiendo ésta que era preciso mostrarse fuerte ante las libertades de su novio, y como por otra parte el intenso

(1) Del tomo 22 de la Biblioteca *Demi-Monde*, titulado *Amor libre*.

amor que á ésta pro-
puesta de pie, se dirigió a
y exclamó con aire grave:

—Ea, Perico; retírate á tu cuarto, ó me
aquí solo.

Pero el soldado, que conocía de sobra la ventu-
luchaba, se abalanzó á la puerta, y antes de que Ju-
impedirlo, la cerró interiormente con llave, guardando
entre el pecho y la camisa.

—¿Qué haces? gritó Juana al ver tal acción.

—Ea, chiquilla, déjate de tonterías y no te enojez. De zobra
zò yo que tú eres una mujer honraa, y zólo quiero que te
azientez á mi vera, porque te voy á disí unaz cozzaz que habrán
de zaberte á mielez.

—No, no me siento, dijo Juana, á menos que me prometas
ser más formal.

—Por eza cruse, gachona. Ven junto á mí, añadió toman-
do de la mano á la acongojada muchacha y obligándola á sen-
tarse de nuevo sobre el baúl, sin que ésta se atreviera á resistir.

—Puez te iba disiendo, prenda mía, que lo que acabaz de
zortá por eza boquiya me ha yegao jazta el arma, y á fe de
Perico Catirana, aquí y en toas partes, te juro por mi salusita,
pimpollo, que drento de un mes tomaré la paloma y drento de
dos... ¡puez!... ¿no entiendes? añadió, fijando en Juana una
mirada ardiente y fascinadora.

—¿Qué quieres decir?

—Puez que drento de dos mezez Juanilla zerá... zerá ..

—¡Acaba!

—La mujé de Perico.

—¡Tu mujer! exclamó Juanilla sin poder contener su alegría.

—Y ná más, cacho de armiba, agregó aquél rodeando con
su brazo la delicada cintura de la niña y aproximando al rostro
de ésta el moreno cutis del suyo, hasta el punto de que casi se
confundía su aliento.

—¡Oh! ¿Eso es verdad? ¿No me engañas, Perico?

—Te lo he jurao, arma mía, y yo no farto jamá á miz jura-
mentoz.

La pobre niña sufría una congoja sin igual.

Un sentimiento nuevo, desconocido, impresionaba su ser,
é imprimía en su cuerpo una agitación inexplicable.

La mirada de Perico, fija en ella, la producía una fascina-
ción satánica.

Poco á poco una suave y misteriosa languidez invadió todo
su cuerpo; sus ojos fueron perdiendo insensiblemente el brillo
que los animaba. Sus párpados se cerraban involuntariamente,
y su seno agitado parecía romperse á impulso de una respira-
ción desigual.

Y en medio de este delicioso éxtasis, Perico deslizaba en su
oído frases de amor que resonaban en su alma con una dulzura
especial, haciéndola estremecerse de placer.

De pronto, la única luz que alumbraba el aposento lanzó
sus últimos reflejos, y los dos amantes se encontraron sumi-
dos en una deliciosa oscuridad.

ENSEÑAR AL QUE NO SABE



Nuestro héroe se llama Enrique. Ha cumplido diecinueve años, y es sencillo y pudoroso como un niño.

Nació en la villa del oso, pero á los seis meses quedó huérfano de padre, trasladándose entonces con él su madre á Burgos, donde posee unas tierras.

El año pasado, en que tuvo lugar este verídico relato, Enrique vino á Madrid, yendo á parar á la casa de un hermano de su madre, el famoso doctor Pedrote, especialista en enfermedades de la piel.

El doctor tiene cuarenta y seis años, su mujer veinticinco. Él es muy feo, ella muy bonita. A las dos semanas de permanencia en Madrid, Enrique siente brotar la primavera por todas partes, á su alrededor, y aun en su epidermis. Está nervioso, inapetente, casi enfermo.

—¿Qué tengo yo, tío? pregunta.

...la cosa muy natural á tu edad.

...decirle la causa de su inquietud, pero su
...quien nada se le escapa, frunce el ceño
...y el doctor, obediente á aquella indicación,
...esta tocar con sus labios la oreja de Enrique.

—¡Ah! ¿Lo cree usted así, tío? pregunta el muchacho riendo de una manera especial.

— Pruébalo; estoy seguro de su efecto.

—Pero... ¿cómo?

—Muy fácilmente; y si el profesor es amable, aprenderás la lección en seguida. Toma para el pago de sus honorarios.

Y le dió un billete de 50 pesetas.

—¡Tanto dinero para una lección!

—Hay profesores que se contentan con mucho menos; pero no te convienen.

Aquella noche, Enrique se llevó la llave por si tenía necesidad de recogerse tarde.

—¡Vaya! le dijo al día siguiente el doctor; á nosotros puedes hablarnos con toda confianza. ¿Era amable?

—¿Quién, tío?

—Esa con quien tú...

—Tío, usted sólo me dijo que yo debía dormir con una...

—Sí, eso te curará. Y bien...

—He dormido con la vieja Tomasa.

—¡Oh, qué pazguato! exclamó Enriqueta, que estaba seductora con su ligero traje de mañana.

—¿Y los doscientos reales?

—Mire usted el billete.

—¿Y tu salud?

—¡Mall! ¡Siento unos vértigos!...

Aquella noche, al ir á acostarse, Enrique encontró encima de su cama un abultado volumen amarillo. Tomóle con curiosidad: era la *Higiene del Matrimonio*. Lo leyó ávidamente, y de vez en cuando lanzaba unos ¡oh! y unos ¡ah! capaces de conmover á un mármol. Su sueño fué muy agitado y lleno de extrañas visiones.

Mientras el joven se engolfaba en aquella lectura que tan profunda impresión le produjera, el doctor Pedrote, el especialista famoso, sorprendido de tanta virtud, hablaba de él con su linda mitad.

—El muchacho arrastra una existencia penosa, y es preciso que esto acabe de una vez. Mi hermana me envía un bobo, y yo quiero devolverle un hombre. Enriqueta, si fueras amable, tú que eres tan guapa, le harías comprender...

—¡Pero, hombre!

—Cómo puede amarse á las mujeres.

—¡Pero, hombre!

—Es un niño, bien lo sabes; nada hay que temer, y además te lo ruega tu maridito, remonona mía.

—¡Pero, hombre!

—Permitete sólo que entre en tu tocador cuando estés acabando de vestirte.

—¡Pero, hombre!

—Sé amable; ¡si es un chiquillo!...

—¡Bueno! Lo haré por darte gusto.

A las ocho de la mañana del día siguiente, cuando el doctor había salido á hacer sus visitas, Enrique, que estaba despierto desde el amanecer, leía el libro con el ansia de la vispera, lanzando nuevas y más expresivas exclamaciones. La doncella de Enriqueta entró á decirle que su tía quería hablarle inmediatamente. Enrique tembló, y sentándose en la cama, fijó en el delantal de la muchacha, que permanecía en la puerta, sus ojos, como si buscara algo que á pesar suyo no viera, y momentos después el joven se fué á buscar á su tía, que se hallaba en el tocador empezando á vestirse.

—Enrique, le dijo ella al verlo entrar: ¿quieres tener la bondad de ponerme estos alfileres?

Enriqueta tiene por todo vestido el corsé y una falda corta, muy corta. El hombrillo de la camisa se había caído, y al levantar los brazos, Enrique ve algo que le hace ponerse colorado como una cereza.

—¡Ah! exclamó de repente la tía: ¡qué torpe soy!... se me ha caído un alfiler aquí dentro y me pincha... ¡ay! ¡ay!... por favor, Enriqueto, quitámelo que me... ¡ay! ¡ay!

Enrique, de rojo que estaba, se pone blanco. Mete la mano, busca y lo coge al fin; pero ¡ah! ¡qué cosas encuentra en el camino!

Después, la encantadora tía, teniendo las manos llenas de jabón, recuerda que le falta una liga. ¿Cómo ponérsela ella misma en aquella situación?

—Enrique, ¡si quisieras!...

El acepta con júbilo y muestra su buen desempeño de su comisión.

—¡Eh, no tan alto!... ¡No tan alto, queta.

Pero sus gritos son inútiles. Enrique ha tomado el camino más directo y lleva una carrera desenfrenada.

Diez minutos más tarde, la tía Enriqueta, fingiéndose enfadada, esquiva las abrasadoras miradas de Enrique y le habla de usted.

Al regresar el doctor de sus visitas, pregunta con mucho interés á su sobrino:

—¿Cómo te hallas hoy?

—Perfectamente, tío; estoy curado del todo.

—¡Hola! ¿Acaso sin advertirme has?...?

—Sí, mi querido tío.

—¡Bravo! Cuando yo te dije... ¿Y es bonita?

—Como un angel.

—¡Bien! ¡Bravo! La darías las cincuenta pesetas.

—No, señor.

—¡No! ¿Cómo ha sido eso?

—Pues qué, ¿me había de cobrar mi tía la lección?



CHISMOGRAFÍA

Se presentan á un casero una señora y su hija, que han visto un cuarto desalquilado, con la pretensión de tomarlo.

—Debo advertir á ustedes, dijo el propietario, que no quiero en mi casa gente soltera.

—Pierda usted cuidado, dijo la mamá, porque mi niña es casada, y su protector también.

—o—

—¿No te habías propuesto despedir á tu viejo senador?

—Sí; pero me ha suplicado que no le deje, aunque sea engañándole.

—¿De veras?

—Cada uno tiene sus gustos; y como además es senador, prefiere la renovación parcial á la disolución.

—o—

ADVERTENCIA

Los señores corresponsales que estén en descubierto con la Administración del DEMI-MONDE y no hayan saldado antes de publicarse el número próximo, saldrán á la vergüenza pública en una forma que seguramente ha de molestarles.

Conque ¡ojo, señores morosos!

LAGARTIJO

Debido al lápiz del distinguido dibujante de *El Toreo Cómico*, señor Redondo, se ha puesto á la venta un magnífico retrato á dos tintas del célebre torero cordobés.

Se vende al precio de una peseta en la Administración de *El Toreo Cómico*, y en el Kiosco Nacional, plaza de Pontejos.

ARAMBURU HERMANOS
ÓPTICOS

Primera casa en artículos de óptica y aparatos de física y fotografía.

PRÍNCIPE, 12

Demi-Monde

PERIÓDICO FESTIVO SEMANAL

TOMOS PUBLICADOS

Il far niente.
La Colegiala.
En la misma tronera.
A salto de mata.
Por un lunar.
Las niñas frágiles.
¡No abuse usted!
Reservado de señoras.
Un cuarteto peligroso.
Los tres besos.
Pensión française.
¡No me toque usted!
Estaba escrito.
Una señorita del coro.
Cuando ellas quieren...
Cinco minutos en globo.
Amor sáfico.
Errar el golpe.
Las tres pildoras.
El forasterito.
¡Ponte la peluca!
Amor libre.
La cortesana de Smirna.
El polvo del camino.
Las gemelas.
Entre dos fuegos.

PRECIO DE CADA TOMO

Una peseta.

BIBLIOTECA



SE PUBLICA UN TOMO MENSUAL

En preparación:

TOMO 54

TOMOS PUBLICADOS

La niña rubia.
Entremeses.
Dos enteros y un quebrado.
El mono sabio.
El hijo del destino.
La tuna.
La reina de las peras.
La vaina del espadín.
Tres eran tres...
La Giralda.
Foblas II.
El instrumento.
Un conejo para dos.
Las de Garabatillo.
Virgo y Capricornio.
Consuelos conyugales.
Los polvos de Quiroga.
Las cantonales.
Dos primos.
Refugio de pecadores.
La primera fresa.
La noche de novios.
Figuritas de barro.
Entrar con todas.
Los caprichos de Conchita.
Las medias rojas.
¡Usted no es hombre!

LA PALMA

VALENTÍN ROBREDO

11, Príncipe, 11.

Altas novedades en adornos, cintas y encajes.

Teléfono 453.

Venancio Vázquez.

CHOCOLATES, CAFÉS, TÉS, TAPIOCA

Casa fundada en 1808.

Fábrica: CARACAS, 7.

Despacho: CUATRO CALLES.

Grandes rebajas

EN LOS PRECIOS DE LAS MÁQUINAS

SINGER

PARA COSER

Pídase el nuevo Catálogo en la Sucursal de

MADRID

23, calle de Carretas, 25.

E. Rubiños, imp., plaza de la Paja, 7 bis.